

Los cristianos y la paz

José M. Castillo

Para hablar con propiedad y exactitud sobre la responsabilidad que tenemos los cristianos, en el momento presente, con respecto al problema de la paz, parece enteramente necesario tomar muy en cuenta las condiciones y circunstancias que actualmente se dan en relación al tema de la guerra y la carrera de armamentos. O para decirlo de una manera más sencilla y más directa: hoy no podemos hablar seriamente del problema de la paz, si no empezamos hablando sobre la amenaza de la guerra y las consecuencias que eso tiene para grandes sectores de la población mundial. Solamente a partir de esos presupuestos, podremos decir algo que resulte verdaderamente acertado en lo que concierne al tema de los cristianos y la paz. Como ha dicho el concilio Vaticano II, hoy estamos obligados a «reconsiderar la guerra de una forma absolutamente nueva»¹. Y esa novedad consiste, a juicio de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, en que «hoy el potencial destructivo de los poderes nucleares amenaza a la persona humana, a la civilización que hemos construido lentamente y hasta al mismo orden creado»². Es claro que estas circunstancias no se daban en tiempos pasados. Y es claro, por consiguiente, que tenemos que hablar de esta complicada problemática, para decir después algo serio y pertinente sobre el asunto que aquí más directamente nos interesa. Por eso, voy a dividir mi trabajo en tres partes: en la primera, hablaré sobre el peligro de la guerra; en la segunda, trataré de las consecuencias de la guerra en relación al tercer mundo; y en la tercera, plantearé las consecuencias que todo esto tiene para los cristianos en el momento presente.

El peligro de la guerra

Vamos a empezar yendo derechamente al centro mismo del problema. Y para eso nos preguntamos: ¿estamos realmente en vísperas de la tercera gue-

(1) *Gaudium et Spes*, 80.

(2) CONFERENCIA EPISCOPAL NORTEAMERICANA, *El desafío de la paz. La promesa de Dios y nuestra respuesta*, Madrid, PPC, 1983, 65.

rra mundial? O dicho de manera más clara y, si se quiere, más brutal: ¿estamos realmente en vísperas de la guerra nuclear, la guerra atómica total? Es posible que esta pregunta resulte, para algunas personas, sorprendente o incluso demagógica. Sin embargo, debo confesar que se trata de una pregunta muy real. Es decir, no es una pregunta caprichosa o arbitraria. Se trata, por el contrario, de un asunto muy grave, sin duda el más grave que a todos nos concierne en este momento. ¿Por qué digo esto? Enseguida se va a comprender.

Hasta hace relativamente poco tiempo, la guerra atómica era una cosa absolutamente impensable. Es decir, no existía probabilidad razonable de semejante guerra. Y ello por una razón muy sencilla: el potencial destructivo de las dos grandes superpotencias (los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética) era, y sigue siendo, de tal volumen que la misma amenaza de mutua destrucción hacía enteramente inverosímil la idea de una guerra en la que no habría vencedores ni vencidos, ya que de ella saldrían todos completamente aniquilados. Baste pensar que, en lo que respecta a las armas nucleares *estratégicas* (las que pueden alcanzar de lleno el territorio de la otra superpotencia, provocando la guerra total), tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética tienen almacenadas unas 9.500 cabezas nucleares, cada una de las dos superpotencias. Y se sabe que muchas de esas cabezas nucleares son múltiples, es decir con varias ojivas independientes que se pueden dirigir a otros tantos objetivos. Si a eso sumamos el armamento nuclear *táctico* (el que sólo alcanzaría a un territorio intermedio, independiente de las dos grandes superpotencias), se llega a la impresionante cantidad de 60.000 armas nucleares. Teniendo en cuenta que una bomba de un solo megatón lo desintegra todo en un radio de seis kilómetros. Y sabemos que hay bombas de hasta veinticinco megatones³.

Todo esto constituye lo que se ha llamado la «estrategia de la disuación» o también el «equilibrio del terror», en el que hemos vivido confortablemente instalados y seguros desde que terminó la segunda guerra mundial hasta nuestros días.

Pero hoy ya las cosas han cambiado. Y, por cierto, han cambiado de una manera muy substancial. Por dos razones que se comprenden enseguida. En primer lugar, hay un hecho: los técnicos en el demencial arte de la guerra están hoy generalmente de acuerdo en que ya es perfectamente posible una guerra nuclear limitada, una guerra de «teatro», que bien se podría desarrollar fuera del territorio de las dos superpotencias. Los entendidos en estas cosas están de acuerdo en que ese «teatro» sería Europa, concretamente en el escenario

(3) Para todo este asunto, puede consultarse: INSTITUTO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS PARA LA PAZ, ESTOCOLMO (SIPRI), *World Armaments and Disarmament SIPRI Yearbook 1979*, London, Taylor and Francis, 1979.

de las naciones que integran, en Europa, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Pero es claro que semejante guerra llevaría consigo el inevitable peligro de llegar muy pronto hasta la escalada total.

Por otra parte —y ésta es la segunda razón—, el perfeccionamiento de los misiles nucleares ha llegado ya a tal altura que ahora nos encontramos en una situación sencillamente aterradora. Esta situación consiste en lo siguiente: el que se adelante a tirar primero, llevando por eso la iniciativa, tiene un altísimo porcentaje de probabilidades de dejar al otro sin respuesta o por lo menos con una respuesta mucho más limitada. Lo cual constituye una evidente y constante tentación, la tentación de empezar la guerra por sorpresa. Porque, como se ha dicho acertadamente, la tercera guerra mundial tendrá lugar cuando sea posible ganarla⁴. Ahora bien, esa posibilidad es ya un hecho o está muy cerca de ser pronto un hecho. Con un agravante, que hace la situación mucho más espantosa: una decisión de ese tipo tendría que ser tomada en cuestión de muy poco tiempo, quizá minutos, lo que hace mucho más sombría la situación, desde todos los puntos de vista que se la quiera mirar.

Estando así las cosas, no nos vendría mal a todos tener siempre muy presente el viejo aforismo según el cual cuanto mayor es un peligro, más grande es también la propensión a ignorarlo. En este sentido, yo recuerdo que, en los días que precedieron a la segunda guerra mundial, la casi totalidad de los ciudadanos estábamos muy ajenos al peligro terrible que se cernía sobre nuestras cabezas. La gente decía entonces que el potencial destructivo de los armamentos bélicos había llegado a tal perfección que eso mismo hacía impensable el hecho de la guerra. Y, sin embargo, la guerra fue un hecho. Por lo demás, no hay que olvidar que actualmente nos encontramos en una situación que se parece mucho a lo que pasaba entonces: crisis económica mundial, presión expansionista de las grandes potencias, tensiones políticas por todas partes. No cabe duda que el peligro es muy serio. En cualquier momento puede saltar la chispa que provoque el incendio y la catástrofe. Y es importante saber que esta situación va a continuar igual o más grave en los próximos años.

El tercer mundo

A veces se nos echa en cara a los europeos que nos preocupamos de los problemas de la paz cuando nosotros nos vemos amenazados por el peligro de una guerra atómica o, en todo caso, una guerra que nos afectaría a nosotros en Europa. Y la verdad es que quienes hablan de esa manera tienen mucha parte de razón. Con esto quiero decir que lo más grave de la carrera de armamentos no es que pueda haber o no haber una guerra nuclear. Lo más grave

(4) C. F. VON WEIZÄCKER, *Wege in der Gefahr*, München 1979, 118.

de ese dramático problema está en los destrozos y sufrimientos que viene causando desde hace ya muchos años. Me refiero a la situación del tercer mundo. Desde el final de la segunda guerra mundial, se han producido ciento treinta y dos guerras en el mundo. Todas ellas en el mundo subdesarrollado, en los países más pobres, que han visto así acrecentadas las sobredosis de miseria que tienen que soportar. Esto ya es grave, demasiado grave.

Pero el fondo del problema no está en eso, con ser tan macabro. El fondo de la cuestión está en que de esta manera se perpetúa la dominación Norte-Sur, es decir, la dominación de los países ricos sobre los países pobres y la consiguiente dependencia de éstos con relación a aquéllos. Las cifras, en este sentido, resultan casi increíbles. Pero desgraciadamente son una triste realidad. Por ejemplo, según un informe de las Naciones Unidas, sabemos que, en el decenio de los años sesenta, el tercer mundo acaparó el 75 por ciento de todas las importaciones de armas de guerra a nivel mundial⁵. Resulta prácticamente incalculable la cantidad de millones de dólares que, de esa manera, pasaron de los países más pobres a los países más ricos. De todas maneras, se pueden dar algunas cifras aproximativas. Según el informe, elaborado en 1979 por el Instituto Internacional de Estudios para la Paz, de Estocolmo (SIPRI), se sabe que, de 1970 a 1978, Estados Unidos había exportado 5.360 millones de dólares en armas al tercer mundo; en ese mismo tiempo, la Unión Soviética había exportado 3.940 millones; Francia, 1.490 millones; Gran Bretaña, 650 millones; Italia, 530 millones; y la República Federal de Alemania, 220 millones⁶. Y lo peor del caso es que se tiene la seguridad de que estas cifras se han disparado vertiginosamente en los últimos tres o cuatro años. De tal manera que, por ejemplo, para 1982, los Estados Unidos esperaban alcanzar ventas de 20.000 millones de dólares⁷.

Las consecuencias que se siguen de este loco despilfarro de millones son fácilmente previsibles. Por una parte, está el hecho evidente de que de esta manera los países más pobres tienen que canalizar las mayores partidas de sus presupuestos anuales hacia los países más ricos. Teniendo en cuenta que los pobres deben pagar no sólo los enormes costos de los armamentos, sino además los tipos de interés que los ricos quieren imponerles. Por otra parte, como los países pobres no pueden pagar, las más de las veces, con dinero, los ricos les obligan a pagar con materias primas. Y así ocurre que hay una serie de recursos cuyos productores fundamentales son los países subdesarrollados, mientras que los consumidores son precisamente los países más

(5) M. AGUIRRE, *La carrera armamentista en el Tercer Mundo*, en E. P. THOMPSON y otros, *Protesta y sobrevive*, Madrid 1983, 85.

(6) Cf. M. AGUIRRE, *o. c.*, 89.

(7) Cf. M. KLARE, *Les ventes d'armes conventionnelles: un instrument essentiel de la politique étrangère*, en: *Le Monde diplomatique*, enero 1982.

industrializados. Tal es el caso del antimonio, la bauxita, el cobre, el fluor, el grafito, el plomo, el manganeso y el estaño⁸. De esta manera, el empobrecimiento irreparable de los pobres es cada vez mayor en beneficio de los ricos. Pero la cosa no para ahí. Porque, como es obvio, todo esto lleva consigo una situación de inevitable dependencia de unos pueblos con respecto a otros. Dependencia no sólo económica, como es natural, sino a todos los niveles. Las empresas de los países industrializados obtienen lucrativos contratos de asistencia tecnológica, ya que cada proyecto obliga al comprador a pasar por una serie de controles, de etapas o ciclos de aprendizaje, que van desde la supervisión de las instalaciones, estandarización y adaptación de la infraestructura existente, hasta la entrega escalonada y parcializada de las piezas. Se calcula que todo el ciclo dura aproximadamente de seis a diez años. La dependencia del país comprador queda así asegurada⁹.

Y a todo esto hay que añadir algo que resulta seguramente más impresionante. Me refiero a los incalculables beneficios que el tercer mundo podría obtener, si se dedicaran a fines pacíficos los asombrosos gastos que se desfilfarran en material de guerra. Un par de ejemplos nada más. Con el costo de un tanque moderno se podrían construir mil aulas, con capacidad para 30.000 niños, y con el costo de un avión de combate se podrían instalar 40.000 farmacias rurales¹⁰. Es más, se ha podido demostrar recientemente que, en tan sólo cinco años de aplicar los gastos militares en crear puestos de trabajo en la industria, se podría acabar con el paro mundial¹¹.

Pero dejémosnos de pensar en lo que se podría hacer. Y pongamos nuestra atención en lo que, de hecho, se hace. Ahora bien, lo que en realidad se hace es que cada año disminuyen más y más las reservas y bienes naturales de unos pueblos en beneficio de otros. En este sentido, es elocuente el aumento creciente de la deuda externa de los pueblos pobres en beneficio precisamente de los más ricos. Esa deuda alcanzó, en 1978, los 250.000 millones de dólares. Y se sabe que, a partir de entonces, esa cifra se ha disparado.

¿Qué nos viene a decir todo esto, en última instancia? Todo esto viene a indicar que, en definitiva, lo que está en juego es el imperio del capitalismo, ya sea el capitalismo de iniciativa libre (Oeste) o el capitalismo de Estado (Este). La dinámica irracional del poder económico, que cada día empobrece más a

(8) M. AGUIRRE, o. c., 95. En este sentido, resulta iluminador, por ejemplo, el caso del estaño, que se produce en un 80,5 % en los países subdesarrollados, mientras que se consume en un 83,8 % en los países industrializados. Igualmente la bauxita: 55,6 % de producción en los países subdesarrollados; 75,5 % de consumo en los países industrializados. Los demás ejemplos que aduce el trabajo citado son también ilustrativos al respecto.

(9) Cf. M. KLARE, *La multinationalisation des industries de guerre: Le Monde diplomatique*, febrero 1977.

(10) Cf. M. AGUIRRE, o. c., 103, que cita a A. PECCEI, *Testimonio sobre el futuro*, Madrid 1981.

(11) El estudio es de RUBEN LAU, *Armamentismo y desempleo: el testimonio numérico*, en: *El País*, Madrid, 7 de enero de 1981.

los pobres para enriquecer a los ricos. He ahí el fondo de la cuestión. Por eso, el problema que más hondamente nos tiene que preocupar no es el de la relación *guerra-paz*, sino el de la dialéctica *paz-justicia*. Esto quiere decir que, en el actual estado de cosas, la paz que disfrutamos en los países ricos se consigue a base de la injusticia de estos países sobre los pueblos más pobres de la tierra. Porque el equilibrio en la prosperidad de los poderosos es fruto, en muy buena parte, del desequilibrio que esos poderosos mantienen y fomentan con relación al resto de la humanidad.

El problema más grave no es que se nos vaya a venir encima una guerra nuclear a nosotros, con ser eso tan dramático. Lo más espantoso de todo este asunto está en que el tercer mundo se desangra por los cuatro costados. Y en buena medida se puede decir que quienes chupamos esa sangre somos nosotros. He ahí lo más irracional de la situación.

Los cristianos y la paz

Y, ¿qué hacemos los cristianos mientras tanto? Para responder a esta pregunta, debemos tomar el agua desde más arriba. Me refiero a la triste historia que nos ha configurado. Los cristianos, en efecto, hemos legitimado y justificado las guerras, la pena de muerte, la tortura y la dominación de Europa sobre el resto del mundo. Y no sólo hemos legitimado esas cosas, sino que además las hemos practicado asiduamente, abundantemente. Es más, los cristianos hemos llegado a la locura y al delirio de santificar con el nombre de cruzadas y guerras santas muchas de nuestras intemperancias, contiendas y rivalidades. Todo lo cual ha dado como fruto una cosa que nos tendría que inquietar seriamente: en nuestras ideas religiosas hay muy poco espacio para la paz. Y así andan las cosas en países que se consideran no sólo profundamente religiosos, sino además especialmente cristianos. Porque, en este orden de cosas, el cristianismo no ha hecho sino lo que tantas otras religiones del pasado y del presente: acomodarse, con demasiada frecuencia, al hecho de la guerra, incluso legitimándola y justificándola desde no pocos puntos de vista¹².

Por eso se comprende la carencia teológica que padecemos en lo referente al tema de la guerra y de la paz. Quiero decir lo siguiente: la teología propiamente tal no se ha preocupado hasta ahora gran cosa del tema de la paz¹³. Si no me equivoco, ese asunto era cosa de los moralistas, que analizaban, y no con demasiada detención, la vieja problemática de la guerra justa. Con lo cual se venían a justificar casi todas las guerras. Ahora bien, eso mismo nos indica

(12) Para este asunto, puede consultarse el excelente estudio de J. FERGUSON, *War and Peace in the World Religions*, New York 1978.

(13) Un buen estudio de este tema, en R. BAINTON, *Christian Attitudes towards War and Peace*, New York 1960.

claramente hasta qué punto resulta insuficiente esa manera de abordar el problema. Sobre todo, en nuestros días, cuando las circunstancias y condiciones de la guerra y de la paz han cambiado de manera tan radical con respecto a tiempos pasados. Si esas doctrinas eran insuficientes para tiempos pasados, mucho más lo son para nuestro tiempo. De ahí que, con toda razón, se puede afirmar que una de las lagunas más serias, que tiene la teología cristiana, es precisamente la laguna que se refiere a la teología de la paz.

Pero entiéndase bien lo que quiero decir. No se trata de que a los temas clásicos y conocidos de la teología le añadamos ahora uno más sobre la paz y el desarme. Se trata, más bien, de que estudiemos toda nuestra teología en función del tema central de la paz. Estamos persuadidos de que el mayor mal que hoy azota a la humanidad es la amenaza de la guerra y la consiguiente carrera de armamentos. Pues de la misma manera, la palabra central, que hoy el cristianismo tiene que decir al mundo, se refiere, se tiene que referir precisamente a la paz y al desarme. Porque, en definitiva, se trata de comprender que el Dios en el que creemos no es el Dios de la guerra, sino esencialmente el Dios de la paz. Y el Cristo que predicamos es el Mesías que vino a traer paz a todos los hombres de buena voluntad. A partir de esos planteamientos, habría que estudiar, no sólo el problema de Dios y el problema de Cristo, sino además los temas que se refieren a la Iglesia, al pecado, a la salvación..., toda nuestra teología. Por consiguiente, insisto en este punto que me parece esencial: la cuestión no está en elaborar un tema, más o menos completo, sobre la guerra y la paz; la cuestión está en reelaborar toda nuestra teología en función de la paz como meta y proyecto esencial del cristianismo. Quiero decir: de la misma manera que los cristianos de América Latina, aplastados por el peso de la dominación, han sido capaces de elaborar una teología de la liberación, así los que somos conscientes de lo que representa hoy el problema de la guerra y los armamentos tenemos el deber y la responsabilidad de hacer una auténtica teología de la paz. De tal manera que, al igual que la teología latinoamericana de la liberación ha sido capaz de inquietar seriamente a dictadores, tiranos y fuerzas represivas en general, de la misma manera la teología de la paz tenga la virtualidad y la fuerza de crear una conciencia nueva en los ambientes cristianos de todo el mundo, hasta llegar a hacer impensable la idea de la guerra y sus procedimientos, hasta llegar a rechazar de lleno la fabricación de armamentos y su comercio injusto, hasta crear una conciencia colectiva que margine y proscriba definitivamente a quienes favorecen o mantienen la situación presente.

¿Cuál sería el eje de esa teología de la paz? A mí me parece que ese eje tiene que ser el proyecto fundamental de Dios sobre el hombre y sobre la creación entera. Es el proyecto que aparece en el relato de la creación, en los primeros capítulos del Génesis: el hombre vivía en paz consigo mismo, con sus

semejantes y con la naturaleza entera. Dios vió que eso era bueno (Gen 1, 31). Y Dios lo quería así. Por eso, cuando, por causa del pecado, el hombre ataca a su hermano y mata al hermano (Gen 4, 8), Dios sale en defensa del inocente y de la paz: «Caín, ¿dónde está tu hermano?» (Gen 4, 9). Es la protesta de Dios por la agresión que ha perturbado la paz. Decididamente, Dios no quiere la guerra, porque la guerra es la agresión del hombre contra el hombre. Y, por eso, es la destrucción del plan de Dios.

Es verdad que, con el paso del tiempo, la guerra llega a ser una experiencia frecuente en Israel, incluso un hecho común (cf. 2 Sam 11, 1), hasta el punto de que llega a formarse en el pueblo una verdadera ideología de la «guerra santa» (Ex 17, 16; Núm. 21, 24; Hab 3; Sab 5, 17-23). Pero aquí es fundamental comprender que el proyecto básico de Dios, a pesar de las peripecias históricas y no obstante las ideologías de turno, es siempre la paz. Por eso, cuando los profetas anuncian el futuro reino mesiánico, lo presentan como un reino de paz, hasta el punto de que el nombre propio del futuro Mesías será precisamente «Príncipe de la paz» (Is 9, 5): «Para dilatar el principado, con una paz sin límites, sobre el trono de David y sobre su reino» (Is 9, 6). De tal manera que una característica esencial del reino mesiánico será justamente la ausencia de guerra y, por eso, el desarme. Porque él «será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados; de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra» (Is 2, 4). Y es que la obra del Mesías llevará consigo la paz universal (Miq 5, 1-5). La Conferencia Episcopal de los Estados Unidos de Norteamérica ha resumido perfectamente, en su reciente declaración sobre la paz y el desarme, el pensamiento profético del Antiguo Testamento acerca de la paz: «La edad final, el tiempo mesiánico, está descrito como aquel en el cual sobre nosotros se derrame el espíritu venido de lo alto. En esa edad, la creación será completa, la justicia habitará en el vergel, el efecto de la rectitud será la paz, y el pueblo vivirá en mansión de paz, en moradas seguras, en apacibles lugares de reposo (Is 2, 4; Miq 4, 3). Dios hablará directamente al pueblo y la justicia y la paz se abrazarán (Sal 85, 10-11). Un Mesías aparecerá, un siervo de Dios en quien Dios ha puesto su espíritu y quien fielmente traerá la justicia a las naciones: no gritará, no alzará el tono, no hará oír por las calles su voz. No romperá la caña cascada, ni apagará la llama vacilante: traerá la ley fielmente (Is 42, 2-3)»¹⁴. Está claro, por consiguiente, que el proyecto fundamental de Dios sobre el hombre incluye, como característica esencial, la paz para todos los hombres de buena voluntad.

Pero, en realidad, ¿de qué paz se trata? Aquí es decisivo comprender que, cuando los profetas nos hablan de paz, no se refieren a un concepto meramen-

(14) CONFERENCIA EPISCOPAL NORTEAMERICANA, o. c., 31-32.

te negativo: la ausencia de guerra. Se trata, por el contrario, de una realidad positiva, un don de Dios al hombre, que se tiene que traducir y expresar en la correcta relación de cada hombre con sus semejantes. De ahí que la paz mesiánica tiene un fundamento. Y ese fundamento es la justicia. Por eso, los profetas, en el Antiguo Testamento, condenan decididamente a los falsos profetas, que decían que había paz en la tierra, mientras prevalecían la idolatría y la injusticia (Jer 6, 14; 8, 10-12; Ez 13, 16). Porque la base y el fundamento de la paz es la justicia, como lo dice Isaías: «la obra de la justicia es la paz» (Is 33, 7).

Este punto de vista es fundamental. Porque de sobra sabemos que hay pueblos y naciones en los que la paz, que imponen los poderosos, está al servicio de la dominación y la injusticia. Esa paz no nos interesa a los cristianos ni, en general, a los hombres de buena conciencia. En este sentido, el concilio Vaticano II ha dicho con toda precisión: «La paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino que con toda exactitud y propiedad se llama 'obra de la justicia' (Is 33, 7). Es el fruto del orden plantado en la sociedad humana por su Divino Fundador, y que los hombres, sedientos siempre de una más perfecta justicia, han de llevar a cabo»¹⁵.

Por todo esto hay que decir que el centro de la teología de la paz tiene que ser el mensaje de Jesús sobre el Reino de Dios. Sabemos, en efecto, que el centro de la predicación de Jesús fue el Reinado de Dios¹⁶. Pero, ¿en qué consiste substancialmente ese Reinado de Dios? Consiste en que Dios va a ser efectivamente el rey, es decir se va a imponer la voluntad de Dios. Y esto, ¿qué quiere decir más en concreto? Quiere decir que, por fin, se va a realizar el ideal del rey justo, el ideal por el que suspiraron los hombres del Antiguo Testamento. Es el ideal del rey que implanta la justicia en la tierra. Pero no la justicia según el concepto del derecho romano (dar a cada uno lo suyo, emitir un veredicto imparcial), sino la justicia de la tradición hebrea, que consiste en defender eficazmente al que por sí mismo no puede defenderse, es decir defender al pobre, al débil, al marginado, al huérfano y la viuda¹⁷. En este sentido, el testimonio del Salmo 72 es elocuente:

«Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes:
para que rijas a tu pueblo con justicia, a tus humildes con
rectitud.

(15) *Gaudium et Spes*, 78.

(16) Cf. J. JEREMÍAS, *Teología del Nuevo Testamento*, vol. I, Salamanca 1974, 119-121.

(17) Para todo este asunto, véase J. DUPONT, *Les béatitudes*, vol. II, París 1969, 53-90. En general, para una presentación radical y hasta provocativa del problema de la paz en relación con la conciencia cristiana, véase el libro recopilado por V. DEILE, *Zumutungen des Friedens*, Hamburg 1982, especialmente el estudio de J. MOLTMANN, *Weltverantwortung und Nachfolge Christi im Atomzeitalter*, o. c., 68-81.

Que los montes traigan paz para tu pueblo y los collados justicia;
que él defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador...
Porque él librará al pobre que pide auxilio,
al afligido que no tiene protector,
él se apiadará del pobre y del indigente,
y salvará la vida de los pobres;
él vengará sus vidas de la violencia,
su sangre será preciosa ante sus ojos» (Sal 72, 1-4. 12-14).

En este texto magistral, se ven claramente dos cosas, por lo que respecta a nuestro asunto. Por una parte, la obra esencial del futuro rey mesiánico consistirá en implantar la justicia, que es la defensa eficaz de los débiles. Por otra parte, esa justicia lleva consigo la supresión de la violencia y la consiguiente paz para el pueblo. Por eso se comprende que, en los evangelios, la obra del Mesías se anuncie como una obra de paz para los hombres de buena voluntad (Lc 2, 14). Y por eso también se comprende que, según las palabras del propio Jesús, Dios va a llamar hijos suyos exactamente a los que trabajan por la paz (Mt 5, 9). Lo que caracteriza a los hijos de Dios es el trabajo por la paz.. Porque esa paz, en su sentido más total y más profundo, es el bien supremo que Dios, por medio de su Hijo, concede a los hombres. Y, por eso, se puede decir, con toda verdad, que la paz es la tarea fundamental de los hombres que quieren llevar adelante el proyecto de Dios. Es, en definitiva, la paz, que resume todos los bienes que Dios concede al hombre, por medio del Mesías: «Dios quiso... por su medio reconciliar consigo el universo, lo terrestre y lo celeste, después de hacer la paz con su sangre derramada en la cruz» (Col 1, 20).

Conclusión

Si ahora confrontamos lo que se ha dicho aquí sobre la paz, como proyecto fundamental de Dios, con lo que dije, en los apartados anteriores, acerca de la situación que estamos viviendo, resulta lo siguiente: por una parte, tenemos que la paz es el bien supremo que Dios concede al hombre, en cuanto que incluye y resume todos los dones mesiánicos, pero teniendo en cuenta que se trata de la paz que es obra de la justicia, de tal manera que la justicia es el fundamento de la paz; por otra parte, hemos visto hasta qué punto la paz es el bien más amenazado en este momento, y es el bien amenazado precisamente por causa de la injusticia. Ahora bien, a la vista de estos hechos, ¿qué conclusiones cabe deducir para lo que aquí nos interesa?

En primer lugar, se puede afirmar que una de las tareas más urgentes, que tenemos los cristianos, consiste en elaborar una verdadera teología de la paz.

Pero teniendo en cuenta que esa teología no debe reducirse simplemente a un tema o incluso un tratado más, junto a los demás temas o tratados teológicos, sino que debería ser una verdadera reinterpretación de toda nuestra teología en función de la paz. Porque de esa manera, no sólo podemos hacer una aportación decisiva al mundo en este momento, sino además porque en eso nos jugamos nuestro conocimiento de Dios, del plan de Dios, del proyecto de Jesús, de la tarea de la Iglesia y así sucesivamente en todo lo que se puede decir sobre nuestro saber teológico.

En segundo lugar, esa teología de la paz tiene que incluir, como presupuesto central, la lucha por la justicia. Y eso por dos razones. Primero, porque, en el mensaje bíblico, la paz es fruto de la justicia, de tal manera que donde no hay justicia no puede haber paz verdadera. Segundo, porque la raíz de los males presentes no está en la guerra, sino en la injusticia. Con esto quiero decir, como ya indiqué antes, que la relación fundamental no es la relación *guerra-paz*, sino la relación *paz-justicia*. En el mundo habrá paz cuando haya justicia. Por eso, las grandes potencias mantienen unas condiciones esencialmente injustas, porque ése es el camino para hacer que no cesen las guerras y de esa manera continuar indefinidamente el proceso de enriquecimiento de los grandes en detrimento de los débiles. De ahí que la teología de la paz tiene que ser también una teología de la justicia. Y de ahí que la lucha por la paz tiene que ser también una lucha por la justicia.

En tercer lugar, si la paz es hoy el bien más amenazado, eso quiere decir que la lucha por la paz tiene que ser la tarea más fuerte de los cristianos, en este momento. Y aquí quiero hacer una observación, que me parece importante: la ideología del sistema establecido acusa, a quienes trabajan por la paz, de militar en favor del bloque contrario; en Occidente, se acusa a los pacifistas de trabajar en pro de los intereses de la Unión Soviética, mientras que, en los países del Este, se acusa a los defensores de la paz de estar a favor de los intereses capitalistas de Occidente. Por supuesto, somos conscientes de esa trampa, que nos tiende el sistema establecido y su ideología de turno. Pero no vamos a ceder ante semejante falacia. La lucha por la paz no es una lucha en favor o en contra de tal o cual ideología, sino la lucha por nuestra propia subsistencia y por la defensa de aquéllos que por sí mismos no pueden defenderse.

Por último, ¿en qué frentes o de qué manera podemos los cristianos llevar adelante esta tarea en favor de la paz? Ante todo, me parece que hay algo muy claro: todos podemos ayudar eficazmente a crear una conciencia colectiva de interés y hasta de preocupación por este problema. Porque, aun cuando es cierto que de este asunto se habla cada día más, también es verdad que son muchos los ciudadanos que tienen la impresión de que ellos no pueden hacer

nada para resolver la situación. Y ahí está el engaño. Todos podemos hacer seguramente mucho más de lo que nos imaginamos. Por lo menos, es evidente que todos podemos contribuir a crear un estado de opinión, una conciencia común de rechazo y hasta de enfrentamiento con los proyectos belicistas y armamentistas que proliferan por todas partes. Por otra parte, ahí están los movimientos pacifistas y de rechazo a la carrera de armamentos. Parece que tales movimientos no han conseguido nada hasta el momento. Yo no lo creo así. No olvidemos que todos los gobiernos son muy sensibles a cuanto les puede hacer perder votos en sus campañas electorales. Por eso, se puede afirmar, con toda verdad, que si tales movimientos no han conseguido más hasta ahora es porque todavía no son lo suficientemente numerosos como para inquietar seriamente a los gobiernos. Pero ese día puede llegar. Y eso, de alguna manera, depende de nosotros. Finalmente, yo creo que, en todo este asunto, hay que ir más lejos. Como ya han empezado a hacer algunos obispos en Estados Unidos. De uno, el del estado de Washington, sabemos que se ha negado a pagar, en sus impuestos, el tanto por ciento que luego el gobierno dedica a gastos de defensa. De otro, el del estado de Texas, sabemos también que se ha atrevido a recomendar y pedir a sus feligreses, que trabajan en fábricas de armamentos, que dejen su trabajo. Son los primeros pasos, todavía pequeños, aunque no exentos de cierta audacia. Por algo se empieza. El día que todas las Iglesias y todos los creyentes tomemos posturas firmes, en este orden de cosas, la faz del mundo cambiará, con seguridad.

José M. Castillo



Si somos muchos
los que luchamos
por la Justicia
serán muchos los que
tendrán Paz.

Para informarte, dirígete a : JUSTICIA Y PAZ
Rivadeneira, 6, 10º
Barcelona - 2
Tel. 317 6177